

CAPÍTULO XI. *Donde se dice el origen y principio que las naciones de el mundo tuvieron en sacrificar hombres, y cómo fue esta invención introducida por demonio*



ESPUÉS DE HABER DADO NOTICIA de los sacrificios que los hombres hicieron, en los principios que se inventaron de flores, yerbas y otras cosas, así de las inanimadas como de las animadas; en que ocuparon la devoción de su falsa religión los que adoraron por dioses a los ídolos y en ellos a los demonios; y de los que conociendo a Dios verdadero le sirvieron y honraron con los que sabían que le servían. Resta decir de aquel que tan antiguo es, de el cual más universalmente las más de las naciones de el mundo han usado; y no sé si diga todas, porque pienso que muy pocas, o ningunas, se han escapado; este sacrificio es de hombres, hecho y ofrecido a muchos y muy diversos dioses y demonios, como cosa de que ha gustado en todas las edades de el mundo, después que se comenzó en él. Este sacrificio han tenido por más apacible y con que se han mostrado ser más servidos de los desventurados y ciegos hombres. Y esto por tres causas y razones: la una, porque se deleitan en la crueldad de los sacrificantes, que con tanta dureza de entrañas despedazan y sacan las de los sacrificados. La segunda, por el gozo que reciben de ver derramar sangre humana, por el odio antiquísimo que tienen a los hombres. Y la tercera, porque saben que muerto el hombre, que muere sin lumbre ni rastro de fe verdadera, la tal alma es condenada y entregada a sus tormentos y penas.

De aquí podemos colegir bien claro, cuánta debió de ser la diligencia y cuidado que los demonios tuvieron todo el tiempo que Dios desamparó el linaje humano; de inducir e incitar a los hombres que les ofreciesen aqueste detestable sacrificio de víctimas y ofrendas de cuerpos humanos, desnudándolos de las almas, que luego que partían de ellos iban a dar en sus manos. Y es fuerza que así lo entendamos, pues tuvieron las razones dichas por principal motivo para ello. Y esta misma solicitud tuvieron después de introducidos para conservarlos, no sólo pretendiendo que no decayesen, sino también que creciesen y se aumentasen, como por el discurso de lo que dijéremos se verá muy claro. Pues para inteligencia de esto, hemos de advertir que tenían los demonios en sus oráculos dos maneras de persuadir a las gentes para que les sacrificasen cuerpos humanos. Una, prometiéndoles bienes temporales y su amistad, con la cual los tendrían favorables y propicios. Otra, para excusar los males que a los pueblos y repúblicas, así en común como en particular, a cada uno amenazaban y acontecían. De lo primero hay bastante probanza, con lo que fingen los poetas de Saturno, diciendo que tenía costumbre de comerse sus hijos y que por esto se le sacrificaban hombres; y con este sacrificio le tenían granjeado para cualquier merced que le pidiesen, como lo dice San Isidoro.¹ Lo se-

¹ Div. Isidor lib. 8. Ethymol. cap. ultim.

gundo se prueba por el sacrificio de Agamenón, determinando de sacrificar a su hija Efigenia en servicio de su Diana, por excusar el peligro y pérdida de toda la flota de los griegos que causaban los demonios, suspendiendo los vientos y haciendo calmas en el mar. De manera que estas dos cosas manifestaban los demonios a los hombres y son muy eficaces para moverlos y persuadirlos por ellas. Porque los que viven vida brutal sin atender a más gloria que la presente, ni sentir más pena que la que de la mala vida emana, no tienen mejor cebo para vencerse y moverse, a cualquiera cosa que se les pida, que ver que por ella son relevados de estos males o favorecidos en los bienes; y así los hombres, persuadidos a que estas dos cosas las podían hacer los demonios, que se las persuadían y mandaban, fácilmente se inclinaban a concedérselas, teniendo por menor daño la muerte y pasión de los pocos que en los sacrificios podían ser ofrecidos, que la que a todo el pueblo se podía recrecer y la total ruina de la república. Y por el contrario, no les parecería ser equivalentes los dolores de los sacrificados a los bienes y gozos que de sus penas los dioses les concedían.

El origen, pues, y principio de este abominable sacrificio fue en el oráculo de Apolo, del cual se dice que como los atenienses padeciesen grandes plagas de hambres, por la muerte de Androgeo, hijo de Minos, rey de Candia o Creta, al cual mataron de envidia, porque venció, luchando, todos los mancebos (de lo cual habla Virgilio en sus *Eneidos*).² Viéndose los atenienses atribulados y afligidos, preguntaron al oráculo de Apolo el remedio que podían tener en aquel su trabajo y aficción; a los cuales respondió el demonio, no que aplacasen a los dioses con justicia y obras de humanidad, o a lo menos con pesar de lo que habían hecho tan injustamente, sino que muerte con muerte, pestilencia con pestilencia y crueldad con crueldad había de ser remunerada y satisfecha; y así mandó que cada un año se enviasen siete mancebos y otras tantas doncellas para que se sacrificasen en Creta; lo cual, dicen, duró por quinientos años hasta el tiempo de Sócrates. Esto dice Aenomao, filósofo, hablando contra el mismo Apolo, de quien también había sido engañado en el libro que hizo *De falsitate oraculorum*; y refiérello Eusebio.³ Y de aquí comenzaron los sacrificios de hombres, cosa hasta entonces nunca vista ni sabida, y desde aquel tiempo fue introducida en el mundo, por casi todas las naciones extendida y derramada. Esta antigüedad de sacrificio y derramamiento de sangre humana, comenzado en este maldito oráculo, dice Lactancio Firmiano⁴ haberse extendido despues por las naciones de los hombres; y haciendo memoria de algunas que fueron barbarísimas y crueles en usarle, vuelve luego, escarneciendo de los romanos, a decir de ellos que los bárbaros hayan usado este sacrificio de derramar sangre humana no es maravilla, porque al fin su religión bárbara concordaba con sus bárbaras costumbres; pero los nuestros, latinos y romanos, que siempre trabajaron de adquirir gloria de mansedumbre y humanidad, y eran estudiosos y cursados en las ciencias libe-

² Virg. lib. 6. Aeneid.

³ Euseb. lib. 5. cap. 10. de Præp. Evang.

⁴ Lact. lib. 1. cap. 21.

rales, que fuesen hallados más bárbaros y crueles que los bárbaros nombrados los fueron, en este horrendo modo de matar hombres, admira.

Esta antigüedad y generalidad de sacrificio hecho por los antiguos y continuado por los modernos, lo explica muy a la larga Eusebio; de lo cual referiré lo que hiciere más a nuestro propósito, diciendo sus formales palabras. Comencemos, pues (dice Eusebio),⁵ a mostrar muy largamente cuánto error y pudrimiento de impiedad tenía preso y aherrojado al linaje humano antes que nuestro salvador viniese al mundo; lo cual, después que el evangelio comenzó a predicarse por todo él, comenzó a decrecer y disminuirse, porque estaba esta pestilencia tan enseñoreada de los ánimos de los hombres, que los tenía casi como endemoniados, y los tenían los espíritus de las tinieblas tan ciegos y maltratados, que les hacían creer que se aplacaban los demonios con la sangre de sus propios hijos; y así los padres a sus únicos y solos hijos, y las madres a sus muy queridas hijas las sacrificaban y ofrecían a la muerte como si fueran ovejas y corderos; por lo cual el linaje de los hombres, que se conoce ser humano por naturaleza, era por los demonios forzado a parecer inhumano y cruel; y esto no sólo era entre los bárbaros, sino muy usado de los griegos, como muchas de sus historias lo dicen y están bastantemente llenas de estas verdades, sacrificando a Saturno los de Rodas, hombres, los cuales queriendo templar este maldito sacrificio (después de algunos años, pareciéndoles cruel y no sufridero) establecieron que solos aquéllos fuesen sacrificados, que por algún delito mereciesen muerte, y éstos fuesen guardados hasta el día de la celebración de la fiesta de Saturno; y entonces, emborrachándolos, porque no la sintiesen, los sacrificaban. Los de la isla Salamina, que está en el Egeo, frontero de Atenas, ofrecían hombres en sacrificio a Agrabale, hija de Cecrops, primer rey de los atenienses. Después, en el templo de Palas, a ella y a Agrabale y a Diomedes se los ofrecieron por ser templo y casa de los tres. También dice Manetón, historiador y sacerdote de Egipto, en los libros de piedad, que en la ciudad de Heliópolis ofrecían hombres; y a la diosa Juno, tres cada día. Caso horrendo y que parece que para este solo demonio no había hombres en el mundo y que eran pocos los que nacían, según la priesa con que se los sacrificaban.

Los lacedemonios (según escribe Apolodoro, uno de seis que hubo poetas) acostumbraron sacrificar hombres al dios Marte. Los fenices, comarcanos y vecinos de la tierra de promisión, acostumbraban sacrificar a Saturno los más amigos suyos, en tiempos de guerra, pestilencias y trabajos que padecían; y esto testifican todos los que escriben sus historias. De los curetes en Dalmacia, dice Histrio que coligió la historia de los curetes que en los tiempos antiguos sacrificaron a Saturno niños. Pallas, que escribió los sacrificios del sol (que los persas llaman Mitra), dice que las inmolaciones o sacrificios hechos de hombres, casi en todas partes cesaron en tiempo del emperador Adriano; pero antes se ofrecía en la ciudad de Laodicea a la diosa Pallas una doncella. Los árabes en Arabia, región de Asia, entre

⁵ Euseb. lib. 4. cap. 7. de Præp. Evang.

Judea y Egipto, sacrificaban todos los años un muchacho, enterrándolo vivo debajo del altar de el dios que adoraban. Todos los griegos comúnmente antes que saliesen a las guerras sacrificaban hombres, según lo dice Philarcheo, historiador. Los traces y scitas hacían los mismo. ¿Quién ignora (dice Eusebio) que en la gran ciudad (que pienso lo dice por la de Roma) ofrecen los latinos en las solemnidades y fiestas de Júpiter hombres en sacrificio; y aun hasta este día (conviene a saber hasta su tiempo) no sólo en Arcadía al dios Pan, dios de los pastores y en Cartago al dios Marte? Pero comúnmente todos los hombres, cuando llegaba el día de la fiesta, en la cual se habían de hacer los sacrificios, rociaban los altares con sangre humana.

También Filón, que escribió la historia de los fenices, usa de estas palabras en su primer libro.⁶ Costumbre fue muy antigua ofrecer el príncipe de la ciudad o de la gente al más querido y amado de sus hijos en sacrificio, en las grandes calamidades y peligros de la república; y esto se ofrecía al dios de quien creían que el trabajo les venía haciendo semejante sacrificio, como suplicando por él fuesen remediados y favorecidos; y así acaeció que Saturno, al cual los fenices llamaron Israel, rey de cierta región, viendo estar su ciudad en mucho peligro y cerca de ser tomada por guerra, y no teniendo más de un solo hijo, lo hizo vestir de vestiduras reales y poner sobre un altar, para este fin ordenado, donde lo sacrificó; y por esto (no sin mucha razón) Clemente Alexandrino en el libro *Contra gentiles*, dice, hablando con ellos: crueles y más que crueles, contrarios y enemigos de los hombres son vuestros dioses, que no sólo se gozan de vuestra locura y desatino, pero no cesan de maltrataros y afligiros o con temores de guerras o con codicia de alcanzar victorias en cuya demanda y engañosa cautela os piden sacrificios de hombres, y hasta que los aplacáis con derramar sangre humana no quieren contentarse. De Aristómenes Nesenio se dice que sacrificó trescientos juntos a Júpiter, entre los cuales sacrificó a Teopompo, rey de los lacedemonios, como lo refiere Eusebio. Los tauro scitas (que son pueblos septentrionales de Europa) sacrifican cuantos extranjeros pueden haber, y son muchos los que a sus manos vienen, por cuanto es mucha la braveza de la mar por aquellas costas y riberas; y forzados de los malos tiempos y borrascas, se quedan allí por las costas; los cuales luego son sacrificados a Diana; esto dice Pomponio Mela,⁷ y Herodoto.⁸ Los de la ciudad de Pella, en Tesalia, tenían de costumbre, cada un año, sacrificar un hombre que fuese natural de la provincia de Acaya; los cuales ofrecían a Chilón Centauro y a Peleo. Los cretenses sacrificaban hombres a Júpiter, según dijo Anticlides; y los de Lesbos, en el mar Egeo, a Baco. Los focenses, junto a la ciudad de Delfos, los sacrificaban a Diana, como lo dicen Doscida y Fitocules, historiadores antiguos. Hereteo Ático y Marcario Romano, sacrificaron sus propias hijas, el uno a Proserpina y el otro al demonio, su defensor.

⁶ Phil. lib. 1. ab eod. Euseb. relatus.

⁷ Pompon. lib. 2. cap. 7.

⁸ Herodot. lib. 4.